

PIERRE ROSANVALLON, *El momento Guizot. El liberalismo doctrinario entre la Restauración y la Revolución de 1848*, traducción de Hernán M. Díaz, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2015, 316 pp. ISBN: 978-987-691-357-7. (*Le moment Guizot*, Gallimard, París, 1985).

Hace cuarenta años, cuando comencé mis estudios de Historia en la Universitat de València, los historiadores franceses todavía eran Dios. En aquel tiempo acelerado en que España se alejaba a trancas y barrancas de la sombra perturbadora del general Franco, los nombres de Marc Bloch y Lucien Febvre, de Ernest Labrousse y Fernand Braudel, de Emmanuel Le Roy Ladurie y Jacques Le Goff, de Jean Chesneaux, de Régine Robin, de Albert Soboul, de François Furet, de André Leroi-Gourhan, y de un largo etcétera, afloraban a los labios del profesorado con tanta frecuencia como naturalidad. Por las veces que eran citados, Georges Duby y Pierre Vilar casi parecían dos miembros más del claustro docente valenciano. No era ya novedad que la historiografía francesa fertilizara vigorosamente a la española (en los años sesenta el sano influjo de aquélla sobre ésta había sido más que notable) y las versiones castellanas —alguna en catalán— de los excelentes libros de los *maîtres* galos llenaban las listas de bibliografía recomendada en las diversas asignaturas. Incluso no resultaba nada raro que, de vez en cuando, alguno de ellos —de los *maîtres*, claro, no de los libros— se hiciera carne y habitara fugazmente entre nosotros tomando la forma de exótico conferenciante llegado de allende de los Pirineos para reventar de público el anchuroso salón de actos de la Facultad. Recuerdo aún el impacto que me produjo una magnífica disertación de Bartolomé Benassar sobre la Inquisición (hecha en castellano) y lo estimulante que me resultó otra, magistral, de Michel Vovelle sobre la historia de las mentalidades, a la sazón tan en boga (habló en francés, aunque hay que reconocer que el orador se hizo entender bastante bien). Y hubo, por supuesto, más...

A pesar de ello, ya podían por aquel entonces percibirse señales de que la influencia de la historiografía francesa en España —y en el mundo— había entrado en franco declive. El Dios único hubo de hacer sitio a otros dioses, de manera que el cielo que cubría las cabezas de los historiadores de estas tierras dejó de ser una morada monoteísta para convertirse en algo así como un Olimpo políglota. Nombres en inglés, en alemán, en italiano, en polaco o en holandés empezaron a resonar con mucha mayor fuerza que antaño en las aulas. Entiéndaseme bien: no es que antes los historiadores extranjeros no franceses penaran en silencio, víctimas del desdén o el ninguneo, sino que tendían a quedar relegados más de lo deseable a causa de la hegemonía ejercida por los omnipresentes galos (con la excepción, si acaso, de los exitosos hispanistas anglosajones dedicados a estudiar la *Spanish Civil War*). Lo que ocurrió ahora —un ahora que ya ha cumplido los treinta o los treinta y

cinco años— es que esa condición hegemónica vino a agrietarse en poco tiempo sin remedio, sin aspavientos dramáticos, sin prisa pero sin pausa. Hacia mediados de los años ochenta e inicios de los noventa los historiadores franceses habían dejado a otros el dominio de importantes parcelas del mercado historiográfico español (lo que, a fin de cuentas, no dejó de constituir una feliz diversificación, un enriquecimiento), y los conferenciantes de aquellos días que han dejado rastro más vivo en mi memoria son Peter Burke, Giovanni Levi, Jürgen Kocka, Richard Herr, Edward Baker... También, empero, un ajado —por septuagenario— Georges Duby (no pude escuchar, lamentablemente, a Vilar, que estuvo asimismo por aquellos días en Valencia, todavía más anciano que el eminente medievalista). Recuerdo a la perfección que Duby habló, entre otras cosas, de la necesidad de que un historiador procurara escribir bien, que se hiciera atractivo por su prosa a los lectores. Insisto, son ocasiones que han dejado honda huella en mi memoria, no las únicas charlas, ni mucho menos, a las que asistí o se produjeron.

Quizá haya que ver en ese declive del influjo historiográfico francés en España la manifestación de un proceso de más calado: la decadencia relativa de la cultura francesa respecto a otras, que tanto preocupó y sigue preocupando actualmente en el país vecino y más allá. Como es sabido, “lo francés” desde hace largo tiempo ha ido cediendo terreno frente a “lo anglosajón”, “lo alemán”, e incluso “lo chino” y “lo japonés”. París ya no es lo que era (aunque sigue siendo mucho París), y los *savants* franceses han perdido peso en las balanzas planetarias de poder y prestigio académicos. Los círculos nacionalistas lepenianos parece que echan la culpa en última instancia de esa debilidad a la política migratoria posterior a la Segunda Guerra Mundial, que “desfrancesó” a Francia al “contaminarla” con gente de extrañas raíces (lo que recuerda en demasía a argumentos de raíz fascista). En la *droite* civilizada, por lo que sé, hay quienes achacan el origen del problema a ciertas iniciativas —o, alternativamente, a la falta de iniciativas— de François Mitterrand, que sigue luchando en cruentas batallas decenios después de muerto. En la *gauche*, *divine* o mortal, se atribuye a menudo la responsabilidad final a la tenaz persistencia del tradicionalismo cultural heredado del gaullismo, una especie de ombliguismo que tiende a aislar a la cultura francesa de las novedades que se producen en otros lugares del mundo. A mi juicio, arrojar luz sobre la cuestión es bastante fácil si no se buscan los tres pies al gato y se adopta un punto de vista bastante simple: la causa hay que hallarla fuera de Francia más que en Francia. En la aldea global los mandamases prefieren el whisky al coñac, juegan al póquer y no a la *belote*, y han pasado a hablar, tal vez sea más correcto decir que a gritar, en inglés con acento yanqui (y en la casa común europea, además, en alemán). Hablar con mayor volumen no da, obviamente, la razón, ni tampoco garantiza la importancia de lo dicho, pero sí que te asegura —lo saben bien algunos tertulianos televisivos— una posición ventajosa en la conversación que te hace reconocible y reconocido, visible por audible, como un gallo en un gallinero. La tan cacareada decadencia francesa no ha de ocultar que las

voces procedentes del país vecino han seguido y siguen existiendo, y que a menudo su calidad es extraordinaria, aunque nos puedan llegar al oído con más dificultad que en el pasado reciente, cuando entre los gallos más estridentes abundaban los que se expresaban en la misma prosa que *Monsieur Jourdain*.

Sea como sea, y con rapidez, la historiografía francesa pareció pasar de moda en España a medida que se afianzaba el sistema democrático en las dos décadas finales del pasado siglo. Si no voy errado, nadie tradujo, por poner un ejemplo, ningún libro —aunque sí algún artículo suelto— de Bernard Lepetit, acaso el historiador más sobresaliente de lo que se dio en llamar la “cuarta generación” de *Annales*, prematuramente fallecido en 1996. Por el contrario, las obras traducidas en su día de los miembros de la “tercera generación” y adláteres (los progenitores de la bien publicitada *nouvelle histoire* de los años sesenta y setenta, esto es, los citados Le Roy Ladurie, Le Goff, Duby o Vovelle, además de André Burguière, Marc Ferro y otros conocidos nombres) se cuentan por docenas. Nadie puso tampoco en castellano, segundo ejemplo, la relevante obra que dirigió Pierre Nora —otro padre putativo de la *nouvelle histoire*—, en la que colaboró la flor y nata de la historiografía francesa, y que se publicó en varios tomos con el título de *Les Lieux de mémoire*. El primer volumen (*La République*) vio la luz en francés en 1984; los tres siguientes (*La Nation*), en 1986; y otros tres (*Les France*), ya en 1992. Diez o quince años atrás de esas fechas tal dejadez por verterlos al español hubiera sido simplemente inconcebible. Sólo en 2008 la editorial uruguaya Trilce publicó en un libro (*Pierre Nora en Les lieux de mémoire*) la traducción de las aportaciones específicas de Nora esparcidas en los siete tomos originales, unas doscientas páginas en total. Pese a todo ello, “lugar de memoria” se convirtió muy pronto en un concepto histórico habitual también entre los historiadores españoles e hispanoamericanos, y todavía me irrita cuando veo citada esta magna obra por un estudioso castellanohablante en versión inglesa, bien sea la que hizo la Columbia University Press (*Realms of Memory*), bien sea la posterior de la University of Chicago Press (*Rethinking France*). Tengo la impresión —¿soy el único?— de que los jóvenes académicos españoles no se manejan a gusto en la lengua de Astérix. Vivir para ver.

Quizá no quepa sorprenderse, dados estos infelices antecedentes, de que nadie se afanara tampoco en traducir, cuando salió a la luz allá en 1985, la importantísima obra de Pierre Rosanvallon que aquí nos ocupa y que ahora (¡albricias!) ha pasado a estar disponible para los lectores en castellano. Desde que se publicó el original francés hasta que, de manera inopinada, la editorial bonaerense Biblos se ha decidido a poner al alcance del público interesado esta traducción debida a Hernán M. Díaz, bastante correcta a mi parecer, ha transcurrido la friolera de treinta largos años: los que separan a Hollande de Mitterrand, a Rajoy de González, a Obama de Reagan y a Putin de Gorbachov (fue en aquel 1985, y no antes, cuando el hombre de la mancha en la frente llegó al poder). Pero nunca es tarde si la dicha es buena. Tanto la relevancia del autor del libro (hoy en día uno de los más reputados miembros del Colegio de Francia) como la de su objeto

de estudio (el conspicuo político e historiador decimonónico François Guizot, principal cabeza pensante y actuante del llamado “liberalismo doctrinario”) son mayúsculas y no nos consienten otro pronunciamiento que no sea el de mostrarnos hartos satisfechos por esta iniciativa de la industria editorial argentina, digna de todo elogio.

Pierre Rosanvallon no es, en efecto, un historiador del montón. Por un lado encontramos en él una nueva encarnación —la enésima— de esa figura tan francesa del intelectual comprometido con los problemas de su tiempo, al que repele encerrarse en una cómoda torre de marfil y, como tal, es capaz de suscitar tantas filias como fobias. Por el otro, a un estudioso innovador que ha escalado las más altas cimas del mundo académico, se ha labrado una sólida reputación en su campo —ha sido traducido a 22 lenguas— y merece ser leído con mucha atención independientemente de la valoración que cada uno pueda hacer de su trayectoria y sus opciones políticas.

Su compromiso con cierta manera de entender la izquierda es tan antiguo como cristalino. Nacido en 1948, Rosanvallon era sólo un joven veinteañero cuando se convirtió, a principios de los años setenta, en uno de los principales reformuladores del programa autogestionario, y por tanto no estatista, sostenido por la *Confédération française démocratique du travail* (CFDT), central sindical entonces liderada por Edmond Maire, del que no sé si decir que fue, como consejero político, la mano derecha o parte del lóbulo del cerebro. En aquel tiempo ya lejano de recomposición espasmódica de la izquierda francesa, en particular del espacio socialista, Rosanvallon acabó destacando, en comandita con otras cabezas pensantes procedentes del *Parti socialiste unifié* (PSU), por ser uno de los padres intelectuales de la llamada *deuxième gauche*, la corriente moderada y alérgica al marxismo que acaudilló Michel Rocard, una “segunda izquierda” que cuestionó por *demodé* el tradicional planteamiento programático de la línea principal del socialismo francés, fundado en una política económica basada en las nacionalizaciones, a la vez que miraba de hacer compatible la demanda de justicia social con la defensa de la economía de mercado y del liberalismo económico.

Metidos todos los sedicentes socialistas —con escasas excepciones— en el mismo saco de un partido político nada aburrido y que volvió a ser, pese a sus vivos debates internos —o por ello mismo—, una alternativa de poder creíble y madura (el *Parti socialiste* a secas, a cuya cabeza figuraba Mitterrand, un político a la sazón ya muy experimentado), Rosanvallon podría haberse inclinado, seguramente, por emprender a finales de los setenta o en los ochenta una carrera política de la mano de Rocard o de otro de sus amigos políticos, Jacques Delors, una opción que es imposible saber hasta dónde lo hubiera llevado. No fueron por ahí los tiros y nuestro hombre rehusó escuchar los cantos de sirena que le animaban a tomar tales derroteros —que sin duda los hubo, dada su condición de teórico brillante— y se centró en consolidar su carrera académica, que despegó a finales de esos mismos años setenta, primero como director de investigaciones en la Universidad de Paris-Dauphine

entre 1978 y 1982, después en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, donde ejerce desde 1983 hasta hoy mismo, y en el Centro de Investigaciones Políticas Raymond Aron, que dirigió de 1992 a 2005; finalmente, y desde 2001, en el Colegio de Francia como titular de la cátedra de Historia moderna y contemporánea de lo político. Recuerdo al lector que Mitterrand fue elegido presidente de la República Francesa en 1981 y permaneció catorce años en su puesto; que Rocard desempeñó el cargo de primer ministro de 1988 a 1991 tras haber pasado antes por un par de carteras ministeriales; y que Delors fue ministro de Economía y Finanzas de 1981 a 1984, pero se hizo sobre todo famoso por presidir la Comisión Europea entre 1985 y 1995. Por sus amistades los conoceréis...

La renuncia a aceptar una vida política en primera fila no significó que Rosanvallon se hiciera una especie de cartujo académico. Más bien, y dada su red de relaciones, lo resituó en un punto de intersección entre las cavilaciones de los universitarios, los intereses de los empresarios y las preocupaciones de los altos funcionarios y los políticos ejercientes de —o aspirantes a ejercer— las tareas de gobierno. En ese sentido hay que entender su participación, muy a principios de los años ochenta, en la creación de la *Fondation Saint-Simon*, un *think-tank* muy influyente hasta fin de siglo —se disolvió en 1999— que fue copresidido por François Furet y Roger Fauraux (ministro de Industria con Rocard) y en el que Rosanvallon asumió las funciones de secretario general, al tiempo que Alain Minc —hombre de empresa poderoso y polémico, en especial por su capacidad para marcar la orientación de algunos potentes medios de comunicación, y ensayista condenado por plagiarlo— hacía de tesorero. Cuando se apagó la vida de este distinguido “club social”, Rosanvallon levantó sobre su cadáver en 2002 —y con el apoyo financiero de algunas grandes empresas— el círculo de reflexión *La République des idées*, un “taller intelectual” que preside hasta el día de hoy, cuyo objetivo declarado es participar en la refundación de la vida intelectual en Francia y en Europa, que dispone de un excelente sitio web y que ha publicado una nutrida colección de libros. En íntima relación con esta iniciativa se halla la revista *La vie des idées*, también dirigida por él, con su propio sitio web y accesible, además de en francés, en versión inglesa.

Por cierto, los ya citados Emmanuel Le Roy Ladurie y Pierre Nora pertenecieron también a la *Fondation Saint-Simon*, institución donde se maridó, hasta identificarlas, la causa de la democracia —el atildado Tocqueville como referencia lejana, no el barbudo Marx— con la defensa cerrada de la economía de mercado, y a la que las voces de la izquierda gala más “clásica” (el lugar de convergencia entre las herencias marxista y jacobina), preocupadas por —y resistentes ante— la incesante deriva neoliberal de este trust de cerebros que acabó por impregnar a la “izquierda de gobierno”, acusaron de estar al servicio de los proyectos conservadores de la *droite* civilizada y de sus amigos de ultramar. Unos proyectos a los que las reflexiones surgidas del grupo “saint-simoniano” tácitamente presentaban como poco menos que ineluctables, por lo que se achacó a sus miembros el querer imponer el neoliberalismo como

pensamiento único. No cabe extrañarse, pues, de que Pierre Rosanvallon, que a principios del siglo XXI se convirtió además en editorialista asociado de *Le Monde*, no caiga muy simpático a esta izquierda crítica con el liberalismo económico, la cual lo considera un evangelista del mercado omnipresente en los *mass media* (mientras que él tilda de “arqueo-radicalismo” y de ideología “radical-nostálgica” a lo que impera en esos pagos insumisos a la dictadura de los reyes-mercaderes y sus consejeros áulicos).

Podemos opinar, por supuesto, así. Es decir, podemos demonizar a Rosanvallon y compañía y pensar que los planteamientos surgidos en la *deuxième gauche* y que cristalizaron en el “socialismo liberal” minaron los valores sagrados de la izquierda y cuartearon su identidad hasta volverla irreconocible. Podemos incluso creer que nadie ha hecho más y con más éxito para desarbolar ideológicamente a la social-democracia que estos — y otros— bienintencionados compañeros de viaje del neoliberalismo (y de aquellos polvos estos lodos: desde la crisis de 2008 la social-democracia europea parece cautiva y desarmada ante los rudos ejércitos de “los mercados” victoriosos). O podemos, por el contrario, considerar que sus propuestas eran una respuesta legítima a las exigencias de clarificación ideológica aparecidas en un tiempo nuevo (en un principio, cuando el descrédito del “socialismo real” se incrementó en la izquierda hasta casi generalizarse a consecuencia de las intervenciones soviéticas en Budapest y Praga; después, cuando ese “segundo mundo” se había hundido), una respuesta “modernizadora” que incorporaba las dosis de pragmatismo imprescindibles para, tras atraer al electorado (que ya no era el mismo de los años treinta o de los cincuenta), afrontar las tareas de gobierno sin caer en la esquizofrenia provocada por la distancia entre un utópico “programa máximo” y un reformismo *de facto* que, dadas las presiones y condiciones internacionales, sólo podía ser alicorto. Pero sea cual sea el juicio que nos merezca la trayectoria política de Rosanvallon y sus aportaciones al debate de ideas del último medio siglo, es imposible negar a nuestro hombre la condición de ser un historiador como la copa de un pino, admirable en cuanto a tal, original y sumamente interesante.

Ocurre algo parecido aquí a lo que sucede con la “tercera vía” y el *new labour* británico: el escalofrío que aún produce observar la foto del contubernio de las Azores, con Tony Blair en compañía de conservadores tan poco moderados como Bush *the Young*, José María Aznar López y José Manuel Durão Barroso (con el tiempo convertidos en maestros de las puertas giratorias), con los que compartió tarima, mantel y mentiras, agredió al sentido común y jugó al aprendiz de brujo, no nos debe hacer olvidar la ingente necesidad de remozamiento ideológico que el viejo laborismo tenía tras los años de tierra quemada de la señora Thatcher, ni los éxitos electorales cosechados con ello (nunca el partido laborista había ganado tres elecciones generales consecutivas), ni las amplias expectativas que su llegada al poder abrió. Pero a grandes esperanzas, parejas desilusiones. Es dudoso que los años de gobierno de Blair, pese a la batería de medidas “progresistas” desplegada, hayan servido, a la larga,

para que la sociedad británica sea de manera irreversible más justa, más solidaria y menos egoísta (valores, al fin y al cabo, consustanciales a la izquierda). Sin embargo, formular esa duda más que razonable no implica afirmar que Anthony Giddens, padre intelectual de la “tercera vía”, no sea uno de los mayores sociólogos de nuestro tiempo, ni que sus análisis y propuestas merezcan ser tratadas con desdén (un desdén que sólo puede nacer de la ignorancia o del resentimiento).

Como historiador, Rosanvallon es un innovador. Indiscutiblemente, en mi opinión. Sin menoscabo de que sus programas de investigación estén marcados con intensidad por sus preocupaciones políticas (o por ello mismo), las aportaciones que ha realizado en más de tres décadas de trabajo a lo que él mismo llama “historia de lo político” hay que reconocer que han servido para abrir nuevas rutas en la jungla fronteriza en que se confunden los territorios privativos de historiadores y politólogos, unas nuevas rutas en las que confluyen la historia intelectual, la teoría política y la historia social. Su lección inaugural en el Colegio de Francia, *Por una historia conceptual de lo político*, pronunciada en marzo de 2002 y disponible en castellano (FCE, Buenos Aires, 2003), constituye un excelente resumen de sus puntos de vista teóricos y metodológicos al que me remito para no cansar al lector. A mi modo de ver, el rumbo que Rosanvallon ha dado a sus indagaciones confluye con otras experiencias que no son por completo idénticas a la suya, como la de la “Escuela de Cambridge” de historia del pensamiento político (J.G.A. Pocock, Quentin Skinner, John Dunn), con su apuesta programática enfocada al estudio del texto en su contexto, o como la “historia conceptual” o “historia de los conceptos” alemana –la *Begriffsgeschichte*–, que tuvo a Reinhart Koselleck como cabeza de cartel, corrientes quizá más paralelas que convergentes, pero que, en conjunto, han renovado el viejo y trillado campo de la historia de las ideas políticas, arándolo a mayor hondura de donde se quedaban las aproximaciones tradicionales à la Paul Hazard o à la Arthur O. Lovejoy (dos venerables autores que, pese a todo, merecen seguir siendo leídos). Nos pueden gustar más o menos los puntos de vista del Rosanvallon teórico de la política, pero, por más que estén al servicio de esos puntos de vista, insisto, no se puede negar de ninguna manera la enorme calidad de sus productos historiográficos.

Su arranque como historiador “profesional”, (su formación inicial era atípica en el gremio, ya que se había diplomado en 1969 en la Escuela de Altos Estudios Comerciales) llegó de la mano de la realización de dos trabajos académicos relevantes: una tesis de tercer ciclo en Historia que fue publicada en 1979 con el título *Le Capitalisme utopique. Histoire de l'idée de marché*, y una tesis de doctorado “de Estado” que salió a la calle en 1985 y que no es otra que este *Le Moment Guizot* que ahora –más vale tarde que nunca– se ha vertido al castellano. Ambas investigaciones se realizaron bajo la atenta mirada de Claude Lefort, conocido y reconocido filósofo que, años atrás, había formado parte con Cornelius Castoriadis (otro de los mentores intelectuales de Rosanvallon) del grupo *Socialisme ou barbarie* y que, por aquel entonces, era un abierto crítico de los

regímenes de Europa del Este (que aún no se sabía que estaban en fase terminal) y un experto en reflexionar sobre la democracia.

A partir de la estación de salida conformada por ambas obras, la vía recorrida por el Rosanvallon historiador conoció sucesivas bifurcaciones, aunque todas tendían a mantener una misma orientación. Por un lado, estudió la historia del modelo político francés en libros como *L'État en France de 1789 à nos jours* (1990), *La Monarchie impossible: les Chartes de 1814 et de 1830* (1994) y *Le Modèle politique français: la société civile contra le jacobinisme de 1789 à nos jours* (2004). Por otro, se acercó al análisis de los problemas del “estado-providencia” o del “bienestar” en dos textos que acaso son más propios de un politólogo *stricto sensu* que de un devoto de Clío, *La Crise de l'État-providence* (1981) y *La Nouvelle question social: repenser l'État-providence* (1995). Y, en tercer lugar, abordó con singular empuje y éxito lo que se ha dado en llamar la historia intelectual de la democracia en Francia –es decir, puso en práctica su innovador programa de historia conceptual de la político–, una línea de trabajo que se plasmó en obras como *Le Sacré du citoyen: Histoire du suffrage universel en France* (1992), *Le Peuple introuvable: Histoire de la représentation démocratique en France* (1998) y *La Démocratie inachevée: Histoire de la souveraineté du peuple en France* (2000). La propuesta de aprehender la historia para hacerla materia de la teoría política cosechó resultados muy satisfactorios en estos libros, que fueron después continuados por una serie de volúmenes que han acabado, en el transcurso de los últimos diez años, por convertir al autor en uno de los principales estudiosos de la evolución, mutaciones y problemas de la democracia contemporánea. Así, en 2006 publicó *La Contra-démocratie: la politique à l'âge de la défiance*; en 2008, *La Légitimité démocratique: impartialité, réflexivité, proximité*; en 2011, *La société des égaux*; y en 2015, *Le bon gouvernement*. Unos títulos, éstos últimos, en los que Rosanvallon, entre otros aciertos, ha procurado destruir una especie de mito nostálgico que a veces atenaza a las gentes de nuestro tiempo: la democracia nunca ha conocido una “edad de oro” respecto a la cual haya degenerado y cuya desaparición haya que lamentar. En realidad hay que saber que la democracia siempre ha sido una aspiración de concreción difícil y problemática, y jamás han existido democracias plenamente realizadas.

Afortunadamente, la inmensa mayoría de los libros de Rosanvallon están disponibles en español (sólo hay dos o tres excepciones). El eclipse parcial de la historiografía francesa en España observado desde mediados de los ochenta al que me referí más arriba no tuvo correlato parejo, al menos esa es mi impresión, en una pérdida de influencia de la politología venida del país vecino en el ámbito hispanohablante. *Le Moment Guizot* quedó sin traducir en su día, como quedó asimismo sin traducir *La Monarchie impossible*, es decir, los dos títulos que tratan de un tiempo, la primera mitad del siglo XIX, y de un tema, el liberalismo doctrinario, que parecen remitir sin ambages al dominio exclusivo de los historiadores. Pero otros libros del autor son claramente más apetecibles, ¿quién lo



duda?, para filósofos políticos y científicos sociales en general, con los politólogos a la cabeza, y tal vez esté ahí la razón última de que se hayan traducido con mayor puntualidad a un lado u otro del Atlántico, de modo especial en la República Argentina (la inmensa mayoría de las versiones castellanas de Rosanvallon han salido a la calle en Buenos Aires, aunque también hay algunos títulos traducidos en México y en España). Doy un dato que tal vez aclare un poco lo que insinuó: cuando busqué hace tres o cuatro años en la red de bibliotecas de la Universitat de València un ejemplar de *Le Moment Guizot*, me sorprendió que el único existente se albergara en la Biblioteca de Ciencias Sociales Gregori Maians (donde se reúnen los fondos procedentes de las Facultades de Derecho, Economía y Ciencias Sociales) y no en la de Humanidades Joan Reglà (que es el lugar de los libros de las Facultades de Geografía e Historia, Filología y Filosofía). Ningún profesor de Historia, por tanto, se preocupó cuando tocaba de que su facultad adquiriera el libro; sí, en cambio, algún politólogo.

Y si Rosanvallon no es, en absoluto, un historiador del montón, su objeto de estudio en la obra que reseñamos, François Guizot, tampoco es un personaje histórico del montón. ¿Quién se acuerda hoy de Guizot? Esa pregunta, que aparece como una cantilena en algunos de los trabajos que en las últimas décadas se han dedicado a este político y pensador francés de la primera mitad del siglo XIX, sugiere, por su misma repetición, que tanto el individuo, que en su época fue una auténtica celebridad, como su obra, que no es nada desdeñable como parte sustancial del pensamiento político e historiográfico de los últimos doscientos años (lo subrayó, sin ir más lejos, Ortega y Gasset), han estado excesivamente ausentes de los intereses de los historiadores y los científicos sociales posteriores. En efecto, a diferencia de la ingente montaña de estudios que ha merecido, por ejemplo, su coetáneo Alexis de Tocqueville, sobre Guizot se ha escrito poco, demasiado poco si nos atenemos a la relevancia política e intelectual que alcanzó en vida: diversas veces ministro, llegó a presidir el gobierno francés durante el reinado de Luis Felipe de Orleans (fue contra ellos, contra el rey y contra el gabinete encabezado por Guizot, contra los que se alzó el movimiento revolucionario parisino de 1848); ideólogo de cierta fracción de la burguesía, se sentó en el centro del sofá donde se ensambló el armazón de aquella influyente corriente ecléctica, *centrista*, que fue el liberalismo doctrinario (que se quería en el *juste milieu*, en el justo medio entre la reacción absolutista y el radicalismo republicano y democrático, y que hizo aportaciones decisivas a la teoría de la representación política); historiador profesional (ocupó la primera cátedra de Historia Moderna que se creó en la Sorbona), logró con su *Histoire de la civilisation en Europe* no sólo obtener un éxito de ventas y traducciones que lo convirtió en un auténtico best seller internacional de su tiempo, sino también legar a la posteridad una de las obras capitales del canon de la disciplina.

En *Le moment Guizot*, Rosanvallon acertó a sacar al personaje de la oscuridad y le insufló nueva y lozana vida, la discreta vida en papel (o en cualquier otro soporte) que podemos recrear los historiadores. Y lo hizo

con rigor, con buen tino, con maestría, yendo a las fuentes y trabajando duro sobre ellas, como han de hacer los buenos practicantes del oficio. Se propuso así explicar la evolución del liberalismo doctrinario entre 1814 y 1848 a través de una línea expositiva en que convergen, interactuando, el pensamiento político, las formas jurídicas —con sus concreciones, sus elementos de estabilidad y sus alteraciones— y la sucesión en cadena de los acontecimientos, una línea expositiva bien trazada en la que la vida de las ideas no se desgaja de un entorno histórico que no es visto como un simple caparazón, como un amplio contenedor —una especie de pecera— donde aquéllas se mueven alegremente a su aire, sino como algo consustancial al modo preciso en que los pensamientos surgen, se perfilan y se convierten en propuestas teóricas y en actos prácticos de oposición o de gobierno (y viceversa, como los actos prácticos exigidos por el disfrute o la ausencia de poder afectan a la definición y mudanza de lo que se piensa). Es decir, un planteamiento en el que las ideas políticas son como peces que no pueden sobrevivir fuera de las aguas salvajes en perpetuo movimiento, porque se alimentan de lo que hay en esas aguas, porque existen porque hay agua (y porque hay agua para que haya peces).

La bibliografía sobre François Guizot y su época, no muy boyante, como se ha dicho, hasta el arribo de la enérgica incursión de Rosanvallon (lo que no implica que fuera inexistente o deleznable por completo: ¿cómo olvidar los viejos trabajos de Charles Pouthas?), ganó con este sólido e informado texto un capital considerable: cabe afirmar, sin exagerar, que en los estudios de historia intelectual sobre la primera mitad del siglo XIX francés ha habido un antes y un después de esta obra, y eso no es algo que se pueda aseverar a menudo en cualquier campo de la actividad humana. El título que le puso su autor, por cierto, recuerda de inmediato al que dio J.G.A. Pocock al libro publicado en 1975 en el que estudiaba, anudándolos, el pensamiento político florentino de los siglos XV y XVI (con Maquiavelo en la cima del podio), el de la revolución inglesa del siglo XVII y el de la independencia de los Estados Unidos: *The Machiavellian Moment*. Creo que no estaré solo si veo en ello un homenaje de nuestro hombre a Pocock, por más que el específico método rosanvalloniano, ya quedó indicado, difiere del usado por la Escuela de Cambridge, y por más que Rosanvallon, deudor en esto de la tradición francesa, que exige que el historiador trate de escribir bien, que tenga en cuenta que ha de llegar gratamente a sus lectores —Duby *dixit*—, es más fácil de leer que sus colegas anglosajones. Al menos esa es mi experiencia.

Hay una conocida cita de Marc Bloch en la que protesta contra la conversión de la historia en una especie de trinchera política, de agotador campo para torneos ideológicos: “Robespierristas, antirobepierristas, os imploramos gracia: por piedad, decidnos simplemente quién fue Robespierre”. ¡Como si eso fuera fácil! Bloch merece ser considerado, por múltiples y muy buenas razones, uno de los mayores historiadores que en el mundo han sido, pero en la súplica que contiene esa frase su posición peca de ingenua. Diversos autores con diversas maneras de entender y valorar el acontecer humano han de ofrecer necesariamente versiones

diferentes de Robespierre o de cualquier otro sujeto histórico. No se puede decir —lo percibió con mucha lucidez Tzvetan Todorov— quién fue Robespierre sin hacer algún juicio de valor (¿fue un dictador sanguinario o el libertador de un pueblo?). Y un juicio de valor implica la asunción de un sistema de valores, de algo que, en las sociedades plurales, no comparten todos los individuos que las forman ni, por tanto, todos los historiadores. Lo que se debe exigir a éstos es que sus elaboraciones se sustenten con firmeza en las reliquias que el pasado ha dejado, que no las manipulen ni las tergiversen, que no les hagan decir lo que quieren que digan aunque no lo digan, y que no abusen de los anacronismos interpretativos (juzgar la mentalidad del siglo XIV, por ejemplo, con los ojos del XXI). Rosanvallon levanta sobre una base documental robusta y bien procesada una representación espléndida de su personaje en su circunstancia, una representación que no atropella sino que enriquece a la historia, y nos hace mirar con nuevos ojos al Guizot actor político a la vez que nos acerca a su pensamiento en construcción y en acción. Aunque este trabajo fue su tesis doctoral, el autor labora con la pericia del historiador consagrado y no se va por los cerros de Úbeda, esto es, ni se empeña en emborracharnos de erudición vacua, ni adultera, ni falsifica, ni sobreinterpreta. Su imagen de Guizot me parece la mejor que la química del intelecto humano ha sacado a la luz, al menos de momento. Por ello sólo puedo acabar estas líneas expresando, como el modesto —muy modesto— estudioso de Guizot que he venido a ser casi sin querer, mi agradecimiento. En realidad, mi doble agradecimiento. Gracias a Rosanvallon, por encima del tiempo, por haber escrito este gran libro. Y gracias a la editorial Biblos por haberlo, por fin, puesto en la lengua de Borges y, en consecuencia, hacer que así pueda llegar a los hispanohablantes que no dominan bien el francés. Muchas gracias.

**Joan J. Adrià i Montolíó**